



Historia del Caballo

La cría

Por Nicolás Suárez Alarcón*

Hemos visto la importancia de los caballos en la sociedad romana y los distintos usos, tanto privados como públicos, a los que los dedicaban los hombres de aquellos tiempos. Sabemos que, por ejemplo en los ejércitos, comenzaron a utilizarlos de forma sistemática cuando se dieron cuenta del favor que rendían a pueblos enemigos, como los cartagineses, en el campo de batalla. En Roma para distraer a la plebe ociosa, eran los atractivos protagonistas de las carreras de carros. Además, cuando la rapidez se hacía necesaria, eran el tiro ideal para arrastrar los carros de viaje. E, imprescindibles en el trasego diario, eran el instrumento más sobresaliente cuando de presumir ante toda Roma se trataba, como "...los vanidosos que poseían lindos caballitos, no podían menos de correr arriba y abajo por la Vía Appia, haciendo muestra de sus equinos y de sí mismos. ..."¹.

Pero es evidente que para disponer del número de caballos que necesitaba Roma, era necesario criarlos. Y si la mayor parte de las regiones de Italia no eran tierras especialmente adecuadas para la cría caballar, este problema se resolvió cuando la Urbe conquistó la fértil Sicilia y, posteriormente, Hispania, cuyos habitantes mesetarios, los celtíberos, eran expertos ganaderos y mejores jinetes. Pasado el tiempo serían numerosas las regiones que engrandecieron el Imperio y aportaron afamados caballos para abastecer las necesidades de la insaciable Roma, entre las que, por citar algunas de las más afamadas, se nos ocurren Numidia o Capadocia. La otra cara de la moneda era la de aquellas regiones cuyos caballos eran de mediocre calidad; es el caso de Grecia, si exceptuamos Tesalia, cuyos caballos debían ser herrados con la marca de otras regiones para poderlos introducir en los mercados romanos.

Y como pocas cosas nuevas hay bajo el Sol, tampoco son nuevas las cualidades que deben reunir los buenos caballos. Es evidente, además, que aquellos hombres eran sabedores que los buenos progenitores engendraban buena descendencia; por ello era esencial elegir con meticulosidad los ejemplares reproductores. ¿Pero quienes eran los encargados de criar a estos elitistas équidos? Jenofonte nos dice que para su enrolamiento en la caballería se ha de reclutar a los jóvenes mejor dotados de bienes y de condiciones físicas; para



La mayor parte de las regiones de la Bella Italia no eran tierras adecuadas para la cría caballar.

decirnos después que estos jóvenes serán obligados a criar caballos, si no por ellos, por otros y a causa de sus bienes². Oficio de criador de caballos que en Grecia no era exclusivo de los hombres sino de aquellos, incluidas las mujeres, que contaran con grandes haberes. Sabemos que el rey Agesilao embelleció su casa con los perros y caballos de guerra que criaba y, además, convenció a su hermana Cinisca para que criara caballos de carreras "...y demostrara, con su victoria, que esa cría no es prueba de virtud varonil, sino de riqueza..."³.

Es lógico que cuando hablemos de cría comencemos por el acto de la cubrición y hablando de sus protagonistas: el semental y la yegua. Para que éstas sean buenas madres, deben poseer un vientre amplio. Si los criadores actuales estamos convencidos de que sin buenas madres no puede haber buenos productos; esto no es nada nuevo, ya que en aquellas épocas escritores como Virgilio ya lo tenían tan claro como nosotros:

"... Ya, codicioso de la palma olímpica,
potros finos eduques, ya prepares
fuertes novillos para el yugo, elige
ante todo a las madres. ..." ⁴.



La fértil Sicilia era una de las provincias criadoras de caballos para abastecer al Imperio.

Si excelentes debían ser las madres, no menos excelente que éstas debía ser el semental; ya que si parece lógico que una mala madre diera únicamente un mal producto, cuando el malo era el semental, éste, con seguridad, estropeaba toda la descendencia. Es, otra vez, el más grande de los poetas romanos el que nos recomienda al respecto:

"... Pon igual selección en tus potradas.
Al potro que destines para padre
como esperanza de la raza, cuidálo
desde sus tiernos años. Se conoce
al animal de sangre generosa
en cuanto cruza la pradera erguido
y bracea con rítmico donaire.
Abre la marcha y, el primero, afronta
el temido torrente, o se aventura
por puente mal seguro sin tanteos. ..." ⁵.



Las madres deben poseer un vientre amplio.

Y es Paladio el que nos aconseja examinar cuatro cosas en el semental: el aspecto, el color, las cualidades y la estampa. Tanto en lo referente al físico como a la psique ya hemos hablado, pero no queremos dejar de mencionar lo referente a la capa; ellos aconsejaban que el semental fuese de un solo color y, preferiblemente de capa clara, rechazando todos los demás, a no ser que las muchas cualidades de determinados animales multicolores justifiquen el defecto de la capa⁶. Sementales que, ante el estímulo del amor, eran símbolo de potencia sexual irrefrenable:

"...¿Y el temblor que sacude el cuerpo todo
del caballo nos has visto, en cuanto el aura
le trae los efluvios conocidos?
Nada en tal punto los contiene, nada,
ni el freno ni los látigos, ni riscos
ni quebradas ni ríos que en su oleaje
traen rodando descuajados montes. ..." ⁷.



Había que criar animales excelentes porque si algo tenían tan claro aquellos moradores de la Antigüedad como nosotros es que el caballo bueno sirve para cualquier disciplina:

“...El tiro y la carrera ambos exigen bríos iguales. El que cría escoge para entrambos al potro ardiente y rápido, pues ningún otro vale, aunque mil veces haya acosado el enemigo en fuga, aunque sea de Epiro o de Micenas, o a Neptuno su casta se remonte. ...”⁸.

Los caballos se criaban en grandes fincas, en manadas de quince o veinte yeguas a las que se encargaba de cubrir un semental, que pacía con ellas en libertad; esto es lo que se desprende de las páginas de los escritores clásicos: “...por la tarde, cuando el sol tuerce sus riendas hacia el Oeste, y los pastores guían a sus manadas mientras vuelven de nuevo a sus apriscos, pesadas de pecho e hinchadas las ubres; [...] todos brincan alrededor de sus amadas madres, [...] y alrededor de las yeguas los rápidos potros. ...”⁹.



Se conoce al animal de sangre generosa en cuanto cruza la pradera erguido.

Naturalmente había hembras que se fecundaban con reputadas “estrellas” en activo, que no se podían echar al campo, debido a que se encontraban en el punto álgido de su carrera o por el temor a que algunas hembras quisquillosas pudieran dañarlos; en estos casos se cubría a la cuerda. Recordemos la poética descripción que Opiano hizo de este acto, comparándolo con la entrada del novio en la cámara nupcial, entonando la canción de boda: “...Cuando el deseo del apareamiento acucia a la yegua, y espera la aproximación del caballo espléndido y brioso, entonces los hombres, astutamente adornan al bello marido. Marcan completamente todo su cuerpo con manchas de colores variados, y lo conducen a su lecho, orgulloso de su belleza. [...] así retienen largo tiempo ante su esposa al caballo presuroso que relincha su canción de boda, al espléndido marido que arroja espuma por su boca deseando ardientemente su unión; y más tarde, por fin, le permiten ir a satisfacer su deseo. ...”¹⁰.

Cubrir en alguna yeguada importante solía ser el destino final de las estrellas circenses, que una vez alcanzada la gloria terminarían sus días en alguna villa rústica y esparciendo sus prometedores genes entre las nuevas potradas. Y es que parece lógico que una vez alcanzado el podio de los grandes vencedores y tras haber recorrido las arenas de las más importantes ciudades imperiales, estos caballos fueran retirados de la competición, para evitar que algún desconocido y joven atleta los derribara de ese podio, a fuerza del poderoso brío juvenil. Claro que los antiguos, como nosotros, tenían muy claro que la excelencia de los progenitores no aseguraba una descendencia similar a ellos, como muestra el hecho de que los hijos de un triunfador en el circo tuvieran que ser destinados a tirar de los carros de carga porque no hicieron honor a la fama de su progenitor.

Preñada la yegua, debían ser tratadas con esmero. Virgilio recomendaba evitarles el estrés:

“...Cuando al cumplirse los meses vagan grávidas, que al yugo nadie las unza de agobiantes carros, ni las dejen que salten o galopen por las tendidas vegas, o que prueben el curso torrentoso de los ríos. Sea su pasto en solitarias vegas,

junto a ríos tranquilos, cuyas márgenes
con musgo y verde césped las convide,
donde les den abrigo frescas grutas
y sombras los peñascos. ...”¹¹.

Y, pasados los siglos, Paladio recomienda hacerlas pacer en prados fértiles, abrigados cuando los fríos azotan los campos, y frescos y sombríos, cuando el tórrido calor los sacude; y, debido a su estado de gravidez, se debe evitar que las yeguas vivan apiñadas en sitios estrechos¹².

En el campo, los caballos estaban al cuidado del equarius, que era el nombre dado al mayoral que los cuidaba¹³; una de cuyas más importantes misiones era apartarlos del estímulo del amor:

“...Mas no hay industria que mejor resguarde
el vigor juvenil ya de caballos,
ya de toros, si alguno los prefiere,
que apartarlos de Venus y del ciego
estímulo del amor. ...”¹⁴.

Extenso era el Imperio y muchas eran las regiones criadoras de caballos, pero según Opiano, ninguno aventajaba a los criados en Hispania “...que galopan sobre las llanuras con pies más veloces. Con ellos quizá sólo pudieran competir las águilas que vuelan sobre las cañadas del aire, o el halcón batiendo sus largas alas, o el delfín que se desliza sobre las encanecidas olas. ...”¹⁵. Hispanos que tenían una estrecha relación con sus caballos y un temperamento especialmente belicoso, que añadía a su carácter un áurea de valor y salvajismo, por lo que los escritores clásicos los presentan como “...guerreros de extrañas costumbres, cuyo trato con el caballo va más allá de la relación militar; ...”¹⁶. Prestancia de los caballeros del mundo Antiguo que no pocas veces se tornaría en orgullo, como canta Horacio:

“...Jinete yo entonces seré de tus lomos
y la tierra misma cederá a mi orgullo. ...”¹⁷.

¹ Paoli, U. E: *Urbs. La vida en la Roma antigua*. Ed. Iberia. Barcelona. 1981. Pág. 38.

² Jenofonte: *Obras Menores*. Ed. Gredos. Madrid. 1984. Págs. 166 y 167.

³ Opus Cit. Pág. 89.

⁴ Virgilio: *Obras Completas*. Ed. Cátedra. Madrid. 2003. Pág. 255.

⁵ Opus Cit. Pág. 257.

⁶ Paladio (Asesores: Iso, J. y Moralejo, J. L): *Tratado de agricultura. Medicina veterinaria. Poema de los injertos*. Ed. Gredos. Madrid. 1990. Pág. 265.

⁷ Virgilio: *Obras Completas*. Ed. Cátedra. Madrid. 2003. Pág. 269.

⁸ Opus Cit. Pág. 261.

⁹ Opiano: *Dela caza*. Ed. Gredos. Madrid. 1990. Pág. 58.

¹⁰ Opus Cit. Pág. 70.

¹¹ Virgilio: *Obras Completas*. Ed. Cátedra. Madrid. 2003. Pág. 263.

¹² Paladio (Asesores: Iso, J. y Moralejo, J. L): *Tratado de agricultura. Medicina veterinaria. Poema de los injertos*. Ed. Gredos. Madrid. 1990. Pág. 267.

¹³ Gómez-Pantoja, J. (ed): *Los rebaños de Gerión. Pastores y transhumanidad en Iberia antigua y medieval*. Casa de Velázquez. Madrid. 2001. Pág. 199.

¹⁴ Virgilio: *Obras Completas*. Ed. Cátedra. Madrid. 2003. Pág. 267.

¹⁵ Opiano: *De la caza*. Ed. Gredos. Madrid. 1990. Págs. 66 y 67.

¹⁶ Quesada Sanz, F. y Zamora Merchán, M: *El caballo en la Antigua Iberia*. Real Academia de la Historia. Madrid. 2003. Pág. 130

¹⁷ Horacio: *Odas y Epodos*. Ed. Catedra. Madrid. 1990. Pág. 433.



Se preferían los sementales sin divisa y de capa clara.

Fotos: N. Suárez

* Nicolás Suárez Alarcón

- Licenciado en Antropología Social y Cultural
- Licenciado en Comunicación Audiovisual
- Diplomado en Enfermería
- Criador de caballos de Pura Raza Española
- Socio de la AECCPRE

